

VINDICACIÓN DE TORQUEMADA

Alejandra MORENO TOSCANO
El Colegio de México

FRAY JUAN DE TORQUEMADA nos ha dejado en tres grandes volúmenes el producto de su investigación sobre la historia antigua de México, los XXI libros rituales de su *Monarquía Indiana*, publicados, por primera vez, en 1612, y por segunda, en 1723.

Torquemada, que aprovecha en su trabajo como fuentes principales las relaciones de los que vivieron, hicieron o padecieron la conquista y la evangelización, llevando a cabo una recopilación sistemática sobre la cual construye su historia, y utilizando apenas en mínima parte sus propias experiencias, no satisfizo los gustos de los historiadores positivistas, ni las de aquéllas que, arrastrados por esta escuela, no han tenido otra preocupación en sus investigaciones que el descubrir y allegarse fuentes primarias: crónicas, relatos, memorias y otros documentos de testigos presenciales, y que se han limitado a estudiar a los historiadores de la Colonia como meras fuentes de consulta erudita. Don Joaquín García Icazbalceta, y sus numerosos seguidores, consideran a Torquemada falto de originalidad y farragoso. No le perdonan las largas transcripciones que hace de las crónicas del siglo XVI, ni las abundantes citas de autores grecorromanos, ni las continuas digresiones, ni lo barroco de la prosa.

Pero si lo que da valor a un libro de historia no es lo original de las anécdotas ni la belleza del estilo, sino el rigor del pensamiento y el propósito de encontrar el sentido profundo de lo acaecido, entonces la *Monarquía Indiana* tiene un mérito excepcional. La intención misma de valerse de todas las fuentes a su alcance, en un plan de historiador crítico, y el buscar en los hechos una línea de movimiento que les diera sentido, dotan a la obra de Torquemada de un carácter y de una importancia singulares en su tiempo.

I. *Torquemada, el hombre*

Se desconoce la fecha exacta del nacimiento de Fray Juan de Torquemada; la de 1565 es sólo probable. En su obra nos dice que se cría en la ciudad de México y le toma por esto gran afición.¹ García Icazbalceta² cita una nota de José Fernando Ramírez, escrita al margen de la *Biblioteca de Beristáin*, en la cual asegura que Juan de Torquemada llegó a Nueva España muy niño y tomó el hábito en el convento de México en 1583; pero tampoco esta fecha parece segura. Figueroa, citado por el mismo Icazbalceta,³ propone la de 1579.

Es muy poco también lo que se puede sacar en claro respecto a las actividades de su juventud: un viaje a Guatemala, forzosamente anterior a 1581, durante el cual dice haber visto y conocido a Bernal Díaz en su última vejez;⁴ algunos recuerdos del convento de Tlacupan —quizás durante su noviciado— en 1582,⁵ y la mención de las privaciones sufridas en su mocedad durante su estancia en el convento de Chiautla.⁶ Hacia 1608 dice que lleva más de 22 años predicando y tratando a los indios.⁷

El interés por los testimonios históricos monumentales se despierta en él desde su infancia. Escribe en 1612: “yo me acuerdo haber visto, ahora hace 35 años, parte de estos edificios (de indios) en la plaza mayor. . . que parecían cerrillos de piedras, los cuales se fueron consumiendo en los cimientos de la nueva iglesia”.⁸ Desde muy joven, también, se dedica al estudio de la lengua mexicana, siendo su maestro Antonio Valeriano, el ilustre humanista, antiguo alumno del colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco.⁹

Su vocación religiosa, y su vocación de historiador, revelan raíces comunes: Torquemada quiere pertenecer a la historia, quiere dejar algo de sí mismo que triunfe sobre el tiempo. Se le presentan dos caminos posibles: llevar una vida ejemplar que deje tras sí “corazones aficionados a su devoción”,¹⁰ o escribir una obra de tal importancia que mantenga vivo su nombre.¹¹ Este deseo de inmortalidad, tan característico de

los humanistas del Renacimiento, permeará toda su obra. Es el mismo anhelo de eternidad expresado en la dedicatoria de su *Monarquía*, que va dedicada a Dios, "rey del cielo", para quien "no hay Castillas ni Leones, sino un mundo redondo... y su mano incluye a Castilla, a León y a Francia y a Inglaterra, y a todos los demás reinos del mundo".¹²

En el convento de Santiago Tlaltelolco conoce y sigue los trabajos de fray Gerónimo de Mendieta, que hacia 1595 escribía su *Historia Eclesiástica Indiana*.¹³ Este acercamiento a Mendieta influirá fundamentalmente en la obra de Torquemada.

A partir de 1600, cuando es nombrado guardián del convento de Santiago Tlaltelolco, nos proporciona datos más concretos sobre sus actividades. Dirigió personalmente la construcción de una capilla y un retablo de la nueva iglesia de Santiago, aprovechando sus conocimientos sobre ingeniería.¹⁴ Además, se encargó de la administración del Colegio de Santa Cruz, que ya para entonces no gozaba del apoyo del gobierno civil.¹⁵ Simultáneamente intensificó las investigaciones para su historia, haciendo averiguaciones con los indios,¹⁶ a la manera de fray Bernardino de Sahagún.

Durante el año de 1604, viaja continuamente por negocios de su orden,¹⁷ y durante la terrible inundación de la ciudad de México, por petición del virrey, marqués de Montesclaros, dirige, junto con otros misioneros, la reconstrucción de las calzadas que habían quedado inutilizadas.¹⁸

Cuando trabaja en la reparación de la calzada de San Cristóbal, se enfrenta con los problemas de los peones indígenas, a quienes ni se les pagaba, ni se les daba de comer. Uniéndose a un grupo de religiosos, pide al virrey que se actúe con justicia, logrando que poco tiempo después, en una junta especial con la audiencia y los comisarios religiosos que asistían a los trabajos, el virrey ordene que se proporcionen alimentos a los indios, a cuenta del jornal que había de pagárseles al terminar la obra.¹⁹ Trabaja después en la reparación de las represas de Zumpango y Citlaltépetl,²⁰ y durante la limpieza de las acequias de la ciudad, es comisionado, como religioso, para cuidar de los trabajadores y ofrecer

socorro en caso de accidentes.²¹ Durante las noches, a pesar de las fatigas del día, sigue trabajando en su historia, lo que llega a debilitarlo al grado de confundir un temblor con un desvanecimiento.²²

Hacia 1605, siendo todavía guardián de Tlaltelolco, organiza una representación teatral para celebrar el día de la fiesta de Santiago, a la que asiste el virrey, marqués de Montesclaros, y los personajes más prominentes de la época. Escribe para esta ocasión, la obra que se había de representar en castellano, latín y lengua mexicana. Haciendo recuerdos, nos relata las dificultades que tuvo para encontrar a los actores, y el desenlace inesperado de su programa.²³

Por esta misma época muere su maestro Antonio Valeriano. Creemos que Torquemada era alumno preferido del ilustre indígena, pues es a él a quien confía sus últimos manuscritos, entre los cuales se encontraba una traducción de Catón en lengua náhuatl, que fray Juan piensa hacer imprimir como homenaje.²⁴

Ya para 1609, concluidas las obras de la iglesia de Santiago Tlaltelolco, lo encontramos meditando sobre la admirable labor realizada por los artesanos indígenas en uno de los retablos laterales de la iglesia, mientras prepara la primera misa que se celebrará sobre el altar mayor, "que ha hecho un español viscaíno llamado Baltazar de Echave, único en su arte",²⁵ retablo cuya pérdida se ha lamentado durante varias generaciones.

Preocupado por su época, espectador de la vida cotidiana, año con año gusta de ver las procesiones religiosas, y las describe con gran detalle en su obra.²⁶ Se nos presenta siempre afligido por la situación del indígena. Un hecho muy significativo de esa preocupación indigenista, lo encontramos en el año de 1610, cuando solicita del virrey, Luis de Velasco II, la orden para restablecer el mercado de indios de Tlaltelolco, queriendo con ello revivir el esplendor de la vida prehispánica.²⁷

Recibe la licencia provincial para la impresión de su obra en 1612, cuando desempeñaba el cargo de guardián en el convento de Tlaxcala. Dos años más tarde, en 1614, re-

sulta electo provincial de la orden franciscana para la provincia del Santo Evangelio, cargo que desempeña hasta 1617. Por último, sabemos que muere súbitamente,²⁸ en el coro del convento mayor de México, a la hora del oficio, en 1624.

Todos estos datos sobre la vida y peripecias del ilustre franciscano, los hemos encontrado anotados a lo largo de su *Monarquía Indiana*. Allí constan también su curiosidad artística, sus conocimientos de arquitectura e ingeniería, su inquietud por la situación social del indígena y por la administración pública, su actitud de interesado espectador de la vida cotidiana, su gusto por el teatro y las representaciones de indígenas en el convento; en suma, la universalidad de sus preocupaciones y la hondura de su sensibilidad.

Fray Juan de Torquemada es ante todo hombre del renacimiento, racional, preocupado por encontrar la evidencia empírica que dé la explicación causal a los problemas;²⁹ solamente cuando no le es posible encontrarla, lo vemos valerse de la tradición medieval.³⁰

Las ideas de universalismo que presenta Torquemada, fincadas en su conocimiento de Aristóteles,³¹ a quien lee al través de los trabajos de la escuela de Padua, explican su posición frente al hombre y al mundo político. En el desarrollo de las naciones establece una idea de movimiento histórico, cuyos elementos determinantes son la voluntad de Dios y la lucha del hombre por lograr una permanencia.³² Para Torquemada, todas las naciones participan de un mismo origen³³ y de un desenvolvimiento histórico semejante. Esta idea le permitirá explicar el carácter de las culturas indígenas, con relación a las llamadas clásicas. Piensa igualmente que todos los pueblos son iguales en su naturaleza, con diferencias surgidas por el grado en que hubieran podido tomar experiencia de sus circunstancias locales.³⁴ El origen de los pueblos lo ve desde un punto de vista sociológico, explicativo.³⁵

La actitud de fray Juan de Torquemada hacia la vida y interés de reformador social que se manifiesta en su deseo hacia sus contemporáneos, estará marcada por un fuerte de volver al cristianismo primitivo en su capacidad de con- jugar en una sola emoción, que muy comprensiblemente

traduce como religiosa, todas las emociones que recibe, al unir el paisaje, el hombre, la música y el símbolo, cuando se sitúa como espectador de la realidad cotidiana. Para mejor explicarnos esta actitud, debemos recurrir a lo que él mismo nos expresa:

Yo puedo decir con verdad, que la cosa más agradable a la vista que se puede ofrecer fue ver en la ciudad de Tlaxcala, en tiempos pasados, dos patios . . . todo lleno de gente apeñuzcada, con sus ramos en sus manos el tal domingo. . . y por otra parte, ver encima de los árboles, que están de trecho en trecho en la procesión, los niños cantando: Benedictus qui venit in Nomine Domini. Hossana in Excelsis, y arrojando flores a la imagen de Nuestro Señor que va sobre un asno, ¿qué pecho cristiano habrá que deje de derretirse en lágrimas de devoción?³⁶

II. *Visión de la Historia*

La visión acerca de la Historia que se revela en la *Monarquía Indiana* participa en buena parte de las ideas tradicionales; encuentra raíces en el método utilizado por los historiadores griegos y romanos, y en la concepción medieval. Sin embargo, no está exenta de la originalidad.

Presentaremos aquí las ideas que sobre la historia aparecen en su obra, dividiéndolas en dos partes. Una primera que participa de las corrientes tradicionales, y la otra, que nos habla de las ideas que sobre el mismo asunto profesaba Torquemada, y que constituyen propiamente su visión personal.

Torquemada concibe la historia como resultado de la voluntad divina, guiada no tanto por los caprichos de la fortuna, como dirían los griegos, sino por los designios de la Providencia.³⁷ Continúa así dentro de la corriente providencialista cristiana de la Edad Media.

Por otra parte, declara que la historia tiene un valor pragmático dentro del mundo político, contribuyendo a que las instituciones, al aprovecharse de las experiencias pasadas, no incurran en los mismos errores, beneficiándose así a la sociedad entera.³⁸ Y en cuanto a lo que se refiere al indi-

viduo específicamente, dice que la historia orienta y enseña al hombre a través de los ejemplos y conductas que narra, dándole a todo hecho histórico el valor de una experiencia.³⁹ Declara que si el conocimiento histórico trae el mayor provecho a la mayoría es, sin contradicción, el más valioso.⁴⁰ Todo lo cual se refiere, en última instancia, a la concepción de la historia como "Maestra de la Vida" que tiene su origen en Grecia y Roma.

Influido por Cicerón, presenta un desarrollo histórico que sigue cierto orden y ciertas leyes,⁴¹ y que es continuo. Esta intención de valerse de las ideas de los clásicos, lo hace caer en contradicciones respecto a la visión medieval que todavía conserva sobre el devenir histórico. Por un lado, afirma que el "futuro está reservado en poder y saber a Dios"⁴²; y por el otro, la idea acerca de la existencia de leyes en la historia, lo hace escribir que "por el pasado, siguiendo el orden, se puede saber el porvenir",⁴³ y que "el tiempo todo lo descubre".⁴⁴ Actitud francamente renacentista. A veces presenta la guerra del demonio contra Dios⁴⁵ como el motor que mueve la historia; en otras ocasiones habla del desarrollo histórico como producto de la voluntad humana que busca el premio y la fama.⁴⁶

El vasto conocimiento que tenía Torquemada de los historiadores romanos, se nota también cuando presenta el desarrollo histórico como un ciclo que surge, florece y decae, tendiendo siempre a alcanzar un progreso: "comenzar de lo menos y proseguir a lo más".⁴⁷ Claramente se ve aquí la huella de Floro y de Tito Livio, historiadores que desarrollan la concepción de una historia cíclica, que después continuarían Vico, Maquiavelo, Spengler y otros en tiempos modernos.

Empieza a desprenderse de las ideas tradicionales, y más directamente de las que predominan en su época, al presentar a la historia como el único conocimiento científicamente válido,⁴⁸ en contraposición a la ciencia de la naturaleza que lo es de "adivinations" y sólo materia de conjeturas. La historia, al tratar de "cosas acaecidas" y verdaderas, no pertenece tampoco a la poesía, que es de "imaginaciones"⁴⁹

ni a aquellas “razones de ingenio que engendran opinión”,⁵⁰ aludiendo con ésto último, creemos, a la filosofía.

Para Torquemada, el conocimiento histórico es válido universalmente; no está limitado a una visión del mundo o a un lugar determinado, y surge en todas las épocas, sin límites geográficos ni temporales.⁵¹ Por medio de él, nos dice, “podemos tener noticia simultánea, de lo que aconteció en lugares y tiempos diversos”.⁵²

Encuentra en la historia algo permanente, frente a lo perecedero del mundo, diciendo que la historia es el único medio de pervivencia comprobado. La existencia por la historia es el único medio de existencia eterna en el mundo. La historia es un “reparador de la inmortalidad de los hombres” y justifica por sí misma la brevedad de la vida.⁵³ Piensa que por la historia se puede revivir cualquier momento, y que el hombre, por tanto, puede participar de la existencia de todos los tiempos.⁵⁴ No hay diferencia, nos dice, en el conocimiento real de las cosas, entre un hombre que las ha vivido y otro que las revive por la historia: “Porque si yo, leyendo, alcanzo clara noticia de los tiempos en que vivió el católico Rey Dn. Fernando o su nieto el emperador Carlos v ¿qué menos tengo, (en la noticia de esto) que si viviera en sus tiempos?”⁵⁵

Torquemada es también consciente de la existencia de una historia universal: en los orígenes —nos dice— hay historias que pertenecen a grupos humanos determinados, pero cuando se mezclan, les pertenece a “todos, juntamente, sin tomar en cuenta sus diversos orígenes”.⁵⁶

Siendo tan importante la historia, cree que la preservación de los hechos pasados y de las obras historiográficas, es una responsabilidad y una obligación frente a las generaciones futuras.⁵⁷ Y termina diciendo que el historiador, cuando realiza labor tan útil, debe ser reconocido por la sociedad.⁵⁸

A continuación transcribimos un párrafo de la *Monarquía Indiana*, donde se encuentran algunas de las ideas fundamentales de Torquemada acerca de la historia.

Y lástima por cierto, hallarse tanto descuido en las Repúblicas y Congregaciones; pues a cualquier República bien ordenada, le

está bien saber de las cosas pasadas de sus mayores para imitarlas, y aprovecharse de ellas, y los que suelen juzgar bien las cosas, aquellas tienen por más aventajadas y dignas de precio, de las cuales suelen resultar a los hombres mucho provecho y utilidad, y entre estas es la que tiene provecho más universal y del cuál puede caber más parte al común; porque si (como dice Dionisio) el bien es tanto más divino cuanto más común, buena regla es para medir y tasar el valor de las cosas, el bien que de ellas puede seguirle a la comunidad; y según esto, la historia de las cosas verdaderas y provechosas, sin contradicción alguna es cosa divina y excelente. Es la historia un beneficio inmortal que se comunica a muchos: ¿Qué depósito hay más cierto y más enriquecido que la historia? Allí tenemos presentes las cosas pasadas, y testimonio y argumento de las porvenir: ella nos da noticia y declara y muestra lo que en diversos lugares y tiempos acontecía. Los montes no la estrechan, ni los años, ni los meses, porque ni está sujeta a diferencia de los tiempos, de los cuales claramente triunfa, es un reparador de la inmortalidad de los hombres y una recompensa de la brevedad de esta vida...⁵⁹

Por otra parte, al referirse a la operación de historiar, Torquemada apunta un camino. Exige cuidar, dentro del método, ciertos procedimientos para que no se confundan los historiadores que posteriormente reflexionen sobre ella.⁶⁰ Así, exige al historiador tener conciencia de presentarla "bien averiguada", porque ha de pensar de "otros pueden escribir aquello mismo".⁶¹ Pide también que el historiador, sin apartarse de la verdad "vaya diciendo todo lo que sabe, según lo que haya escrito o recibido por tradiciones"⁶² aunque sin "cansar los ánimos de los que las lean con la repetición de las cosas, que si no son del todo punto falsas, al menos son dudosas e inciertas".⁶³

Toda obra historiográfica debe seguir un plan determinado, y éste consiste, según Torquemada, en comenzar por una "diligencia grande en las cosas acaecidas".⁶⁴ Terminada esta investigación, seguiría la crítica: "madureza en conferir las dudosas" con "prudencia particular y señalada en tratar las unas y las otras"⁶⁵ buscando siempre la objetividad frente a los problemas, o sea un ánimo santo y desembarazado, para pretender agradar solo a Dios, sin aguardar de los hombres el premio (o algún interés) y por último, que la obra

aporta algo nuevo: "pues sería trabajo excusado el que siquiere después de un largo y prolijo estudio, si no llevase algo más de lo que los otros han dicho, y es de muy corto ingenio no añadir algo más a las cosas ya dichas".⁶⁶

Aconseja Torquemada al historiador, "computar los tiempos"⁶⁷ y conocer la lengua de la región de donde se escriba la historia⁶⁸ y finalmente, declarar todo con "palabras llanas y estilo claro".⁶⁹ Al final de la obra pide al lector "oir con paciencia" y "dar fe y crédito".⁷⁰

III. *La Monarquía Indiana*

Torquemada no quiere volver a escribir la historia de la conquista de México; prefiere narrar la de la evangelización: "Porque no es mi intención tratar de toda la conquista, que se hizo en este nuevo mundo (que ésto dejo para Gómara y Antonio de Herrera) que lo han escrito, sino de sola aquella parte que incluye lo que se hizo en esta ciudad de México, desde sus principios, hasta estos fines dichos, porque de ella pende el intento que traigo, de tratar de su conversión y cosas sucedidas en su cristianismo".⁷¹ Es esto último, entonces, lo que considera puede ser su aportación a los estudios sobre la historia mexicana,⁷² aunque sabe que no es el primero, ni el último que escribirá sobre ello.⁷³

Quiere, a través de esta historia, dar a conocer los trabajos que sufrieron los misioneros en la evangelización. Va dirigida su obra, pues, a aquellos que desconocen los hechos y obras de estos hombres y a quienes, conociéndola, la han olvidado, y cometen con ellos la injusticia de considerarlos inútiles.⁷⁴

Intenta, primero que nada, poner al día su historia. En consecuencia, comienza por referirse a los conventos y nuevas fundaciones, posteriores a las obras de historia ya escritas,⁷⁵ deseando, apunta, que se muevan los ánimos de quienes las conozcan para así continuar la obra evangelizadora,⁷⁶ y buscando que Dios sea alabado en sus siervos al conocerse esta historia.⁷⁷

Además de este propósito, lo guía otro: "ser yo tan afi-

cionado a esta pobre gente indiana y querer excusarlos, ya que no totalmente de sus errores, y cegueras, al menos en parte, que no puedo condenarlos, y sacar a luz todas las cosas con que se conservaron en sus repúblicas gentilicias, que los excusa del título Bestial que nuestros españoles las habían dado. . .”⁷⁸ Pero si bien quiere e intenta la reivindicación de la cultura indígena,⁷⁹ también aclara que busca hacerlo con la mayor imparcialidad, por lo que anota lo bueno y lo malo,⁸⁰ esperando así, destruir la mala opinión que se tenía sobre las diversas tierras y costumbres de la Nueva España.⁸¹

Es muy significativo, por otro lado, el que se refiera bastante a menudo a la historia griega, romana, hebrea y egipcia, haciendo largas citas. La razón de estas abundantes comparaciones, creemos encontrarla en el deseo apenas velado por tratar de introducir a la historia indígena dentro del mundo de las culturas llamadas clásicas, porque considera:

que las cosas que usaron estos indios, así en la observancia de la religión como en las costumbres, no fueron invenciones suyas, nacidas de su solo antojo, sino que también lo fueron de muchos hombres del mundo, ya que nada hicieron estos que no fuese costumbre y hecho antiguo, y que todo o lo más que otras naciones del mundo obraron se verifica y comprueba en ésta.⁸²

Al relatar su historia quiere también dar ejemplo, así en lo que se refiere a la vida de los frailes como al desarrollo de las instituciones indígenas; es decir, piensa que mejorará la sociedad de su época cuando tome experiencia del buen pasado,⁸³ así como de las “abominaciones” a las que suelen llegar aquellos pueblos apartados de Dios.⁸⁴ De paso, hará que sus contemporáneos se enteren del origen de aquello que ven cotidianamente, como los mercados⁸⁵ y las fiestas⁸⁶ de los indígenas, y de la razón por la cual fueron establecidas tales ceremonias.⁸⁷

Torquemada confiesa que no puede “atajar su espíritu”;⁸⁸ se siente obligado a escribir su historia.

“Y verdaderamente me hubiera excusado. . . alzando la mano de la obra, si hallara otro que la hiciera y quisiera, por Amor de Dios, tomar este trabajo.”⁸⁹ Sin embargo sabía que

no encontraría a nadie que se hiciera cargo de la empresa, ni que “tuviera tanta noticia en los tiempos de ahora de las cosas que en aquellos dorados sucedieron”, sabe pues, que es él, quien por “(haber [se] dado a la inteligencia e inquisición de ellas) con buen celo, e intento de que no se perdiese la memoria de casos y personas tan dignas”⁹⁰ tiene que emprenderla.

Quiere, con todo esto, participar de la gloria de los que escriben:

Tomé motivo, no solo de leer, y estudiar en los libros sagrados, sino ambién en los histórico profanos, que no contienen más que cosas humanas, y acaecimientos sucedidos en el discurso del tiempo desde que comenzó en los pocos hombres que tuvo, en el principio de la creación, hasta los presentes, en los cuales se ha ido extendiendo su escritura por muchos y muy copiosos volúmenes, según las cosas que han ido sucediéndose y multiplicándose entre los hombres, y en el discurso de esta lección, me moví no solo a leer, sino también a escribir, por tener parte en esta empresa, en la gloria que suelen tener los que escriben, porque ¿quien hay codicioso del premio de gloria y enamorado de la hermosura de la virtud, que no solo desee, más acometa y porfía a ponerla en ejecución y por Obra?⁹¹

Sabe, por otro lado, que agradecerá a los hombres de los gustos más diversos al hacer mención de las cosas y hechos más variados, pues no cree hacer “agravio a la historia... en ir refiriendo por extenso las cosas... que son particulares; porque para mayor bondad se las comunicó Dios” y si el hacedor de ellas no puso límite en darlas tantas, “no será razón que yo, o por pereza en escribirlas, o por recelo de ofender con la prolijidad de ellas, las cuales, porque si son varios los gustos de los hombres, los que de uno hacen asco, prueban de otros”.⁹²

La *Monarquía Indiana* está dividida en tres tomos sub-divididos en libros. En el primer tomo, Torquemada ofrece una visión general sobre las tierras del Nuevo Mundo y del origen de los pobladores que ocupaban el entonces territorio de la Nueva España (Lib. I, n). Después, nos describe las principales poblaciones del reino mexicano (III), y cómo fue-

ron estas conquistadas por los españoles (iv), para terminar refiriéndose al gobierno secular que tuvo la Nueva España desde la conquista hasta su época (v), haciendo mención de algunos hechos notables de Filipinas y Japón cuyas noticias venían continuamente por la Nao de China. En el segundo tomo trata en particular sobre la religión (vi, vii, viii, ix, x), el gobierno (xi), las leyes (xii), las instituciones (xiii) y la vida social y militar de los indígenas (xiv); haciendo breves consideraciones sobre la situación geográfica de las culturas (xiv). En el tercero, se dedica exclusivamente a la historia de la evangelización de los indios, partiendo de las dificultades que tuvieron los monjes para pasar de España al Nuevo Mundo, y las que encontraron a su llegada (xv); y hace alusión a las profecías que tenían los indios acerca de su conversión (xv). Después nos habla de la administración eclesiástica, de la devoción de los indios y de los milagros (xvi). Refiérese en esta parte a los beneficios que recibieron los indígenas por la evangelización, al conocer nuevos oficios, y a los favores concedidos por los reyes españoles (xvii). En la última parte habla de las fundaciones de monasterios, los establecidos en Santo Domingo y los que se encontraban en el territorio de la Nueva España (xviii), haciendo mención principalmente de los fundados por la Orden Franciscana. Aclara que por ser esta orden la suya, puede hablar con más conocimiento, y nos relata algunos sucesos en la evangelización de Florida, Filipinas y Japón (xix). Dedicar, por último, algunos capítulos a los comisarios y provinciales de la Provincia del Santo Evangelio, de los que nos presenta pequeñas reseñas biográficas, y no se olvida de mencionar algunos autos célebres ejecutados por el Santo Oficio durante su época. Termina este libro con una recopilación de autores franciscanos que dejaron escrito algo sobre la historia de los indios (xix). El libro siguiente está dedicado exclusivamente a las biografías de la Orden Franciscana y especialmente a los de la provincia del Santo Evangelio, cuyas vidas considera ejemplares (xx). El último libro, de los XXI rituales, habla sobre lo que es el martirio y acerca de los mártires franciscanos que hubo a lo largo de la evangelización de la Nueva España.

Torquemada se lanza a cumplir todos los requisitos que exige de un historiador. Primero busca y reúne sus fuentes, a las que considera como el "rastros que suele quedar de un Famoso y Suntuoso edificio antiguo, y estragado... que cuando mucho se parecen a él algunas reliquias de piedras quebradas y esparcidas por el sitio".⁹³ Intenta utilizar todas las fuentes y testimonios que se hallan a su alcance para lograr una imagen más completa y exacta de la realidad. Prueba suficiente de lo anterior, es que encontramos citados, a lo largo de su obra, la mayor parte de lo que para entonces se había escrito sobre la historia antigua y presente de los mexicanos, la conquista y la evangelización. Utiliza como fuentes principales las historias mexicanas encontradas en los códices;⁹⁴ a pesar de las grandes dificultades existentes para localizarlos y estudiarlos, pues los indios los habían escondido para evitar que los quemasen los frailes,⁹⁵ que veían en ellos sólo muestras de idolatría.⁹⁶ Aprovecha, asimismo, las cédulas reales en favor de los indios,⁹⁷ considerando importantes todos los documentos que sin tener un carácter estrictamente informativo respecto a su historia, le son útiles para completarla.

En cuanto a la historia de la evangelización, declara lo siguiente:

Confieso que el trabajo que en ello me ha pasado ha sido muy grande, porque como de las cosas Eclesiásticas, de esta Nueva España, ha habido tan pocos o ningunos escritores, y yo no he salido de esta provincia del Santo Evangelio ni peregrinado a las demás de Michoacán, Jalisco y Zacatecas, Huasteca, Yucatán y Nicaragua, como otros hacen en demanda y búsqueda de estas cosas para inquirirlas: a esta causa me ha sido forzoso juntar y conferir papeles con mucha fatiga de mi entendimiento e imaginación, inquirir e investigar la verdad de lo que se escribe, de personas fidedignas, sacar relaciones y testimonios ciertos, de escribanos y archivos de monasterios, parte en presencia y mucho en ausencia, por carta.⁹⁸

Hace uso, por último, de testimonios no documentales, que reflejan algo de los problemas que trata, entre los que hallamos alusiones al paisaje y medio ambiente,⁹⁹ a los restos arqueológicos de las culturas indígenas¹⁰⁰ y a las supervivencias culturales, de tipo lingüístico,¹⁰¹ o tradiciones orales.¹⁰²

Veamos ahora, muy brevemente y señalando algunos ejemplos, la manera como fray Juan de Torquemada trata de encontrar la explicación de los acontecimientos que señalan sus fuentes, y como se sirve de otros testimonios para alcanzar una más amplia comprensión de los hechos.

Cuando se acerca a un acontecimiento, lo hace consciente de que la "Causa, sólo su Divina Majestad la sabe", pero agrega, sin embargo que "rastreado con nuestro bajo entendimiento, podemos dar algunas razones de ello".¹⁰³

Para descubrir estas causas, se vale de todos los medios a su alcance, desde el tratar de observar la simple conducta humana para desprender de ella un significado, pues señala que se puede tomar ejemplo "no solo a los hombres que son animales que usan razón, sino también a los brutos, que carecen de ella",¹⁰⁴ hasta el extremo opuesto de valerse de razones que atribuye a Dios: pues le parece que aunque los hombres dan "razones que satisfacen, muchas veces tienen necesidad de otras, que las expliquen o fortifiquen, porque quiero decir del mismo Dios... con que se tapan las bocas todos, para que oyéndolas no las contradigan".¹⁰⁵

Aprovecha, además, el conocimiento que tiene del paisaje de la región, para explicar las inquietudes de los hombres que habitaron en ella; así como, por otra parte, prueba la riqueza de alguna ciudad considerando el número de habitantes, que deduce del número de casas que existen.¹⁰⁶

Esta misma intención, que podíamos llamar de interés estadístico, se ve igualmente acentuada cuando, para demostrar la riqueza del comercio en un mercado de la ciudad, nos relata:

contado he un Indio solo (que llevaba) sesenta (gallinas)... y muchas veces trabajé por ver si se podían contar, para saber el número de ellas; pero no fue posible, porque era turbar todo el mercado; y preguntando a los más prácticos del pueblo, y del Mercado de esto, casi todos venían a decir... ocho mil aves... y digo que en todo el año... y todos los pueblos llevan aves a vender a la ciudad de México.¹⁰⁷

Es particularmente importante subrayar cómo Torquemada trata siempre de encontrar una explicación que dé cuenta

cabal de los hechos que narra. Ello queda plenamente ilustrado en el párrafo que transcribimos en seguida:

Para que se entienda lo mucho que aquellos siervos de Dios, primeros predicadores del santo Evangelio, tuvieron que hacer en el principio de su conversión de las gentes desta Nueva España, es necesario presuponer la muchedumbre de provincias que en ella había, todas muy pobladas de gentes... y porque mejor esto se pueda percibir y entender, digo que si queremos dividir la Nueva España en buenos reinos, y que cada uno sea de muchas y muy buenas provincias, habría a mi parecer treinta antes más que menos.¹⁰⁸

No creemos que sea necesario insistir aquí sobre su intención, por demás manifiesta a todo lo largo de su obra, por comprender la cultura indígena; ni tampoco hablaremos más sobre su fervoroso empeño por justificarla frente a los europeos.¹⁰⁹

Hemos mencionado también, por otra parte, su gran sensibilidad y apertura emotiva hacia todas las cosas que lo auxiliara en no pocas ocasiones, para poder alcanzar una mayor comprensión de cualquier hecho. Sabemos que lo mismo se conmovía al entrar en la cueva de fray Martín de Valencia, y meditar sobre el ejemplo que se desprende de su vida,¹¹⁰ que con la belleza de una mujer indígena:

tan bien proporcionada, y tan labrada de facciones, y blanca, que un pintor muy diestro, tuviera mucho en retratarla, de que alabé a Dios y le di gracias, considerando, que en todas partes del mundo se muestra muy liberal, y misericordioso.¹¹¹

Cabe señalar también un rasgo particular e importante de Torquemada: su original actitud de comprensión y simpatía hacia los hechos y personajes que estudia. Actitud que por lo demás, habla bien claro de su espíritu humanista. Mencionaremos aquí como una actitud original de comprensión hacia los hechos y los personajes, su intención por revivir las posibles actitudes de los personajes, valiéndose de sus propias experiencias en circunstancias similares. Hablando en una ocasión de la vocación misionera de Martín de Valencia, dice que para fortificar tal vocación, "era forzoso recurrir al regazo de Dios, debajo de cuya tutela hay todo amparo, y así

pienso, que desde aquella hora, sus oraciones fueron muy continuas, y sus ayunos doblados, sus disciplinas ordinarias, sus cilicios más ásperos y sus vigiliias perpetuas, pasando las noches sin sueño y en oración".¹¹² Del mismo modo, trata de imaginarse el estado emocional de Motolinía al escribir su historia: "estas son formales palabras de aquel apostólico varón, que pienso, que cuando las estaba escribiendo se encendía, a cada renglón más, con ganas de dar a Dios mayores alabanzas".¹¹³

Respecto al estilo, Torquemada asegura que quiso hacerlo claro y simple. Su principal afán fue llegar a ser comprendido por todos:

Confieso que no es labor de mis manos pintar sus excelentes obras, sino del auxilio y favor divinos; en el cual confío hará mi estilo rudo claro e inteligible; y lo que va sin orden, concertado, declarando con palabras llanas y verdaderas (que en materia tal no caben otras).¹¹⁴

Dice que no quiere escribir en "Parnasos ni Helicones", y declara que "cuanto más tiene de verdad una historia, tanto mayor ánimo pone al que la escribe para tratarla con llaneza de palabras, y desnuda de toda curiosidad humana... con el lenguaje suficiente, y necesario a la narración... (de lo contrario) se multiplican las palabras que parecerían demasiadas, y aún sospechosas a la pureza de la verdad".¹¹⁵ Sin embargo, en sus prólogos, o en las licencias que se toma al poner en boca de los personajes indígenas elaboradísimos discursos, a la manera de Tucídides, anuncia ya el estilo literario barroco, que alcanzaría su más alto nivel a mediados del siglo xvii.

Es también preocupación de Torquemada lograr el "mayor gusto del lector", y hace con tal motivo, detalladas descripciones de batallas y acontecimientos, y de vez en vez, se refiere a refranes españoles para buscar, en la sabiduría de las sentencias populares, referencias a los acontecimientos que relata: "Quien bien quiere a Beltrán, también quiere a su can",¹¹⁶ ó "revolvió caldo con verzas, y la costumbre mexicana (un historiador) la hizo tezcucana".¹¹⁷ Aludía frecuentemente, a aquello que era más familiar para el español, tratando que



el lector comprendiera lo que quería decir. "llevando por capitán a los que se llaman Quachique, que son como los Matasiete que usan los turcos".¹¹⁸

Las continuas referencias a la historia clásica, griega, romana y hebrea, hacen fatigosa la lectura de la *Monarquía Indiana*. Cabe decir, finalmente, que a pesar de las reglas que Torquemada enuncia sobre la claridad, sencillez y transparencia del estilo, su prosa es oscura y a veces demasiado confusa. A ello hay que agregar los párrafos interminables, las frecuentes digresiones y la vacilante puntuación.

NOTAS

- 1 JUAN de TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, México, Ed. Salvador Chávez Hayhoe, 1943-4. Tomo I, p. 302.
- 2 JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA, *Obras*. México, Imprenta de Agüeros, 1897, T. IV, p. 226.
- 3 *Loc. cit.*
- 4 TORQUEMADA, *Monarquía*, I, 351.
- 5 *Ibid*, II, 604.
- 6 *Ibid*, III, 105.
- 7 *Ibid*, III, 232.
- 8 *Ibid*, II, 146.
- 9 *Ibid*, I, 607.
- 10 *Ibid*, III, 432.
- 11 *Ibid*, I, 13.
- 12 *Ibid*, I, dedicatoria.
- 13 *Ibid*, III, 82.
- 14 *Ibid*, II, 487.
- 15 *Ibid*, III, 113.
- 16 *Ibid*, I, 126.
- 17 *Ibid*, III, 347.
- 18 *Ibid*, I, 729.
- 19 *Loc. cit.*
- 20 *Ibid*, I, 729.
- 21 *Loc. cit.*
- 22 *Ibid*, II, 605.
- 23 *Ibid*, III, 44-5.
- 24 *Ibid*, III, 114.
- 25 *Ibid*, III, 215.
- 26 *Ibid*, III, 229.
- 27 *Ibid*, III, 555.
- 28 ICAZBALCETA, *op. cit.*, página 227.
- 29 TORQUEMADA, *op. cit.*, II, 343;
- I, 13.
- 30 *Ibid*, I, 30; II, 610.
- 31 *Ibid*, I, 40; III, 184.
- 32 *Ibid*, I, 37.
- 33 *Ibid*, I, 47.
- 34 *Loc. cit.*
- 35 *Ibid*, I, 243.
- 36 *Ibid*, III, 226.
- 37 *Ibid*, I, 193; III, 130; I, 578.
- 38 *Ibid*, I, 4.
- 39 *Loc. cit.*
- 40* *Ibid*, *op. cit.*, I, 14.
- 41 *Ibid*, I, 32-33.
- 42 *Ibid*, III, 304.
- 43 *Ibid*, I, 14.
- 44 *Ibid*, I, 242.
- 45 *Ibid*, III, 304.
- 46 *Ibid*, I, 390.
- 47 *Ibid*, II, 351; I, 37.
- 48 *Ibid*, I, pról.

- 49 *Loc. cit.*
 50 *Ibid*, I, 44; II, 483.
 51 *Ibid*, I, 14.
 52 *Loc. cit.*
 53 *Loc. cit.*
 54 *Loc. cit.*
 55 *Loc. cit.*
 56 *Loc. cit.*
 57 TORQUEMADA, *op. cit.*, I, 228.
 58 *Ibid*, I, 14.
 59 *Loc. cit.*
 60 *Ibid*, I, 288.
 61 *Ibid*, II, 120.
 62 *Ibid*, I, pról.
 63 *Ibid*, I, 75, II, 527.
 64 *Ibid*, I, 14.
 65 *Loc. cit.*
 66 *Loc. cit.*
 67 *Loc. cit.*
 68 *Ibid*, I, 172.
 69 *Ibid*, III, 390.
 70 *Ibid*, I, 251; I, 167.
 71 *Ibid*, I, 574.
 72 *Ibid*, I, 16.
 73 *Ibid*, II, 619.
 74 *Ibid*, I, 322; III, 301; III, 161;
 I, 16.
 75 *Ibid*, III, 334.
 76 *Ibid*, III, 360.
 77 *Ibid*, III, 332; II, 619.
 78 *Ibid*, I, 16.
 79 *Ibid*, II, 559; II, 558; I, 16;
 I, 140; I, 175.
 80 *Ibid*, III, 207.
 81 *Ibid*, III, 360.
 82 *Ibid*, II, 85; II, 122; II, 228.
 83 *Ibid*, III, 360; III, 18; III, 104;
 84 *Ibid*, II, 228.
 85 *Ibid*, II, 556.
 86 *Ibid*, I, 246.
 87 *Ibid*, II, 607.
 88 *Ibid*, III, 360; III, 18; III, 104;
 III, 343; II, 359.
 89 *Ibid*, I, 13.
 90 *Loc. cit.*
 91 *Loc. cit.*
 92 *Ibid*, II, 619.
 93 *Ibid*, III, 390.
 94 *Ibid*, II, 164.
 95 *Loc. cit.*
 96 *Ibid*, I, 75.
 97 *Ibid*, III, 253.
 98 *Ibid*, I, 13.
 99 *Ibid*, I, 281.
 100 *Ibid*, I, 257; I, 81; I, 259.
 101 *Ibid*, I, 261.
 102 *Ibid*, I, 268.
 103 *Ibid*, III, 390.
 104 *Ibid*, II, 461.
 105 *Ibid*, III, 219.
 106 *Ibid*, I, 281.
 107 *Ibid*, II, 559.
 108 *Ibid*, III, 65.
 109 *Ibid*, II, 393.
 110 *Ibid*, III, 424.
 111 *Ibid*, II, 582.
 112 *Ibid*, III, 10.
 113 *Ibid*, III, 232.
 114 *Ibid*, III, 390.
 115 *Ibid*, III, 392-3.
 116 *Ibid*, III, 220.
 117 *Ibid*, II, 358.
 118 *Ibid*, I, 565.